



Si una cosa han demostrado estas elecciones es que la Democracia Cristiana es un partido con pérdida continua de peso específico, mientras que el PCI está en ascenso continuo y resulta ya imprescindible para el gobierno del país. En la foto, mitin comunista en Perugia.

ITALIA INGOBERNABLE

La Democracia Cristiana se entrega a la derecha mientras los comunistas avanzan.

QUIEN ha ganado en Italia? La pregunta sobre las elecciones de los días 20-21 no puede ser tan simple. Mucho menos la respuesta. Para muchos, no han ganado los comunistas, y eso es lo que les importa. Pero, ¿no han ganado los comunistas? Han superado el avance iniciado en las anteriores elecciones y en el referéndum. Han ocupado, limpia y claramente, un segundo puesto en la Legislatura del país. Y han demostrado que hay que contar con ellos de alguna forma o no se podrá gobernar el país. De alguna manera las incógnitas que se planteaban en Italia en las vísperas del voto, las circunstancias que hicieron necesarias las elecciones generales anticipadas, se mantienen y se acentúan.

No resulta fácil decir que no han ganado los comunistas. No resulta tampoco fácil decir que ha ganado la Democracia Cristiana. El gran partido histórico sigue siendo una

columna vertebral de la política italiana. Pero ha tenido que desnaturalizarse. Ha tocado a rebato las campanas del anticomunismo. Estas han resonado con fuerza: las campanas de San Pedro de Roma, las sonoras y todavía importantes

campanas del Vaticano, congregando a los fieles para que no dejen pasar un partido ateo, un partido marxista; las campanas de Washington, broncas y amenazadoras, con sus famosos "no toleraremos" pronunciados —quizá luego mitigados, por decoro, que algo queda— por Ford y por Kissinger. Las campanas de la OTAN, del Mercado Común, sobre todo desde Alemania Federal, que ya ejerce —"über alles", sobre todos, como su clásico himno prusiano— una hegemonía política. Han acudido a las urnas a favor de la DC todo el "par-

tido del miedo", todos los asustados por los desórdenes de los últimos días —véase el contraste: en los mismos días de las elecciones no ha habido ningún disturbio, ningún hecho de sangre: es que ya no hacían falta, ya no tenía que hablar

el terrorismo su lenguaje equívoco y provocador—; han acudido hasta los fascistas, a los que la DC pidió claramente el voto. Véase también cómo la extrema derecha, los grupúsculos fascistas, se han quedado exangües, sin apenas representación en la Cámara: es porque han dado sus votos a la Democracia Cristiana. No le habrán faltado algunos votos socialistas, la mayor parte de los liberales. En resumen, la DC se ha convertido ya en un partido de la derecha, pérdida la advocación de centro que tuvo antes —nunca fue real, pero sonaba:

su alianza "centro-sinistra" nunca fue centro, nunca fue izquierda— y prácticamente en un bloque anti-comunista. Y, a pesar de todo, no gana la mayoría absoluta, no puede gobernar. No ha de encontrar ahora fácilmente alianzas parlamentarias: las de la extrema derecha, porque tiñen y comprometen, porque repugnan en un país que conoció la gran trampa del fascismo, y porque no son presentables en un mundo parademocrático. Las de la izquierda —los socialistas—, porque seguramente el Partido Socialista no va a querer repetir su operación de escolta, que le ha hecho dejarse en estas urnas girones de lo que fue su gran manto en otros tiempos.

No será malo para el país, para la coherencia del país, esta aglomeración de la derecha en un solo partido, a condición de que ese partido aprenda la lección. La lección es la de que ya no es él mismo y se debe a otros grupos, a otras

Eduardo Haro Tecglen

ITALIA INGOBERNABLE

ideologías, a otras acciones. Una derecha que no puede seguir siendo confesional, porque no todos sus votantes lo quieren, y que ha de gobernar teniendo en cuenta al mismo tiempo una izquierda comunista muy importante, la primera fuerza comunista de toda Europa Occidental, y que tiene una movilidad extrema en el Senado, en la Cámara. Y en los municipios, las ciudades, las regiones, y en la calle y en los sindicatos.

Ciertamente que tampoco el Partido Comunista ha salido indemne de esta prueba. Hay también una vía de desnaturalización que le viene desde hace años, quizá incluso desde antes de la muerte de Stalin. Es el eje de lo que se viene llamando "eurocomunismo". Un producto de la transformación de las sociedades y de la esencia del proletariado y del campesinado, aunque todavía esta última fuerza sea muy tradicional en Italia, sobre todo en las regiones del Sur. Es posible creer que si no fuese por el terrible arrastre que todavía tiene en Europa la palabra "comunista" y por la fuerza que tiene el anticomunismo como se ha ejercido en esta ocasión —y se ha ejercido mal, sin grandes modificaciones sobre los temas de las campañas clásicas de la "guerra fría": esgrimiendo fan-

tasmas de totalitarismo, campos de concentración y desahucio de las propiedades; se ha esgrimido como si este comunismo fuese todavía revolucionario—, que si hubiese sido solamente por su programa propio, por la plataforma electoral, y sin el toque a rebato de las grandes fuerzas históricas e imperiales, hubiese obtenido muchos más votos de los actuales. Pero hay que advertir que el desgaste de la campaña clásica anticomunista y la pérdida de peso específico de la Iglesia vaticana, la desconfianza hacia los Estados Unidos y la poca simpatía que despierta un Mercado Común que no ha hecho ningún sacrificio para ayudar a la situación económica italiana a salir de sus apuros, son temas que están jugando para el futuro. Dicho de otra forma: la Democracia Cristiana es un partido con pérdida continua de peso específico, mientras el Partido Comunista está en un ascenso continuo. Un periódico tan anticomunista como "Il Tempo" ha escrito este párrafo significativo: "De la Democracia Cristiana podemos decir todo el bien y todo el mal, pero hoy, después de su larga hegemonía, ha podido desarrollar una campaña electoral que ha sido una larga agresión concéntrica con el objetivo de determinar su propia subrogación. Bastarán cinco años al partido hegemónico que intenta sustituir a la Democracia Cristiana (esto es, al Partido Comunista) pa-

ra recoger el 99,9 por 100 de los votos del país: un país que habrá obtenido el orden, pero habrá perdido la libertad y la prosperidad sin haber alcanzado siquiera la justicia social". Quitando los juicios de valor, la predicción es neta y es bastante común: el Partido Comunista progresa. No lentamente, velozmente.

Ya hoy es imprescindible para la gobernación del país. Ya hoy es imposible mantener Italia a flote —no digamos reconstruirla, reorganizarla, sacarla del marasmo en que se encuentra, y no olvidemos quién ha gobernado estos últimos treinta años y, por lo tanto, a quiénes se podrían dirigir los peores reproches por haber llegado a esta situación— sin contar con el Partido Comunista. Es decir, sin contar con el 35 por 100, aproximadamente, del electorado.

La lección más dura de este escrutinio ha sido para el Partido Socialista, el viejo gran partido que en los años prefascistas dominaba al país, y que incluso proporcionó al fascismo algunos de sus más grandes nombres —Mussolini, sin ir más lejos—, el partido de las "Repúblicas locales" de 1914, el de los "consejos" ("todo el poder para el pueblo unido en sus consejos"), que obtenía 166 escaños en el Parlamento de 1919 (total del Parlamento, 508; escaños socialistas en las elecciones de 1913, 52), está hundido hoy con un porcentaje de

aproximadamente el 10 por 100. De todas las desnaturalizaciones sufridas por los partidos y las ideologías italianas es la más grave —sin contar con la del fascismo, naturalmente, por otras razones—, y obedece al progresivo abandono de las ideas de la izquierda que fueron su programa y a la larga colaboración con la DC. En la izquierda, esa colaboración se ve hoy como complicidad, y se mezcla a los socialistas con la corrupción y con el desfonde económico y social de los últimos años. El anticomunismo clásico del Partido Socialista le ha llevado a esa situación, no insólita ni nueva: le ocurrió ya al socialismo francés de Guy Mollet, de la "guerra fría", hasta que fue restaurado por un gran gerente como es François Mitterrand. Un converso que, como el cangrejo ermitaño, se metió en la concha de otros, en la cáscara del Partido Socialista, para desde allí reconstruirlo sin los "parti pris" de antiguos militantes. El socialismo francés es hoy un importante ejemplo en Europa. No sería muy extraño que el italiano, desde la forzosa meditación que ha de hacer sobre sí mismo en esta oposición sin remedio a la que se encuentra ahora arrojado, y con la voluntad de no volver a colaborar con la DC —con la derecha, ahora más derecha que antes—, a menos de cambios coyunturales, podría volver a ser. Lo cual sería enormemente deseable. Los partidos so-



Los resultados electorales testimonian de una fuerte bipolarización: hacia la derecha, para lo que la DC ha tenido que abandonar sus posiciones de centro, y hacia la izquierda, con un PCI depurándose desde hace años de sus antiguas líneas. Sobre estas líneas, los líderes de ambos partidos: Zaccagnini, en el cartel que lleva sobre la espalda una simpatizante y Enrico Berlinguer, mostrando el ejemplar de "L'Unità" donde se anuncia el "impetuoso avance" del PCI.



Ahora no hay ya más que hacer frente a la formación del nuevo Parlamento y que el Presidente de la República designe para formar Gobierno a uno de los gastados prohombres de la DC. Sobre estas líneas, la Piazza del Popolo de Roma después de un mitin preelectoral del partido gobernante.

cialistas tienen hoy un importantísimo papel que representar en toda Europa: en muchos países lo están representando y está siendo rentable, no sólo para ellos, sino para las izquierdas de cada uno de estos países. A condición, siempre, de no caer en las trampas imperiales. Lo cual no es nada fácil en los tiempos que vivimos. La dimisión de algunos miembros de la directiva en las horas siguientes a las elecciones, comenzando por el vicesecretario, Giovanni Mosca —"considero necesario que a la vista de los resultados electorales se abra un debate crítico y autobiográfico en el seno del grupo dirigente del partido"—, debe comenzar ese proceso de re-

construcción tan necesario. Y que sería tan útil para Italia en estos momentos.

Con estos resultados, las dudas sobre el porvenir de Italia siguen en pie. Se advierte una bipolarización: hacia la derecha, para lo cual la DC ha tenido que abandonar sus posiciones de centro, y hacia la izquierda, con un Partido Comunista depurándose desde hace años de sus antiguas líneas —dictadura del proletariado, internacionalismo, lucha contra la propiedad, revolucionarismo—. Una desaparición paulatina de los pequeños grupos, inútiles a la hora de gobernar.

Pero esta bipolaridad está condicionada por el rechazo de la DC

al "compromiso histórico" —una de cuyas fórmulas sería un Gobierno en el que figurasen comunistas entre representantes de otros partidos—, no tanto por su deseo propio, sino porque tiene que pagar las ayudas recibidas de la Iglesia y la extrema derecha, y responder a las presiones de los Estados Unidos y la Europa imperial. "Italia es ingobernable", titula un periódico de la derecha —"Il Resto del Carlino"—; ingobernable la ve "Il Tempo". A menos, piensan algunos, que se haga un esfuerzo de sacrificio por parte de todos: "Después de la fiesta electoral, o daremos un frenazo con una serie de sacrificios para todos, o iremos a la catástrofe

económica y tendremos que soportar, llegado un cierto punto, sacrificios mayores aún" ("La Nazione", de Florencia). Los comunistas siguen tendiendo la mano a la DC. El dirigente comunista Giancarlo Pajetta ha dicho al saber los resultados: "Nosotros jamás quisimos participar en el entierro de la Democracia Cristiana". Y el diario comunista "Paese Sera" escribe: "Dejar fuera a la Democracia Cristiana significaría transformar el partido de los católicos italianos, esto es, de millones de campesinos, al que se añade una franja, aunque sea exigua de obreros industriales, en un centro antidemocrático". Es un apoyo al último llamamiento de Berlinguer por un "gobierno de emergencia". No lo ha querido la DC. "La Democracia Cristiana no ha aceptado el gobierno de emergencia, pero no ha ofrecido otras garantías. Ha gritado, como en todas las campañas electorales, contra el peligro comunista; ha polemizado con los socialistas; ha continuado un viejo discurso que, válido en 1948, se ha convertido hoy en suicida. Si se han hecho elecciones anticipadas, ha sido porque la antigua mayoría no gobernaba, y, sin embargo, la DC continúa proponiendo la misma mayoría" ("Il Messaggero").

¿Qué otra cosa puede proponer la DC? Atada de pies y manos por sus compromisos electorales exteriores e interiores, obliga ya a practicar un anticomunismo militante, no puede aceptar ningún "compromiso histórico", no puede aliarse con los socialistas y no tiene mayoría para gobernar. Cualquier debate duro que se plantee en el Parlamento que ha de constituirse el 4 de julio, según los resultados oficiales definitivos, puede volverse en contra suya. Estará obligada a contar con el apoyo o la abstención de los comunistas para no ver caer Gobierno tras Gobierno. Tendrá que llegar con ellos a un pacto oculto, tácito, y estará de nuevo metida en una máquina infernal que proseguirá lentamente la destrucción que ya ha comenzado.

Hay quien hablaba el martes en Roma de la necesidad de unas nuevas elecciones. Pero sólo cuando las presiones cesasen, cuando las mentalidades se abriesen, podrían hacerse unas elecciones con resultados algo distintos. Ahora sería inútil.

Ahora no hay más ya que hacer frente a la formación del nuevo Parlamento y que el Presidente de la República designe para formar Gobierno a uno de los viejos y gastados prohombres de la DC, a uno de los mismos que han llevado al país a esta situación sin salida. Para que siga sin encontrar la salida, y vea cómo en el futuro se cierra una gran mayoría comunista. ■